

El dinero en la era digital

Money in the digital age

Pbro. Dr. Alejandro Ramos
UFASTA - CONICET

RESUMEN

Son muchas las cosas que han cambiado en nuestras vidas en estos últimos 30 años, nos comunicamos a la distancia por videollamadas; usamos buscadores de internet para encontrar en segundos respuestas a cualquier cuestión; tenemos en el celular aplicaciones para realizar trámites médicos o de asistencia social; podemos escuchar toda la música que nos gusta; etc, cambios que, sin lugar a dudas, han mejorado nuestra vida notablemente.

Entre éstos “nuevos hábitos” de vida sobresale particularmente el uso habitual de las billeteras digitales para pagar cualquier compra de bienes o servicios y el acceso a la cuenta bancaria y a nuestra situación financiera al instante, tantas veces como tengamos ganas. Hasta hace unos años, sólo unos años, lo sabemos los mayores, teníamos que ir al banco para buscar el dinero en billetes y realizar operaciones bancarias. Ahora, toda esa información y la posibilidad de disponer de ese dinero está en nuestro bolsillo todo el tiempo y a disposición sólo con un par de clicks.

Nadie puede negar que este uso digital del dinero facilita muchísimo los pagos y transferencias y, que también resulta una manera más segura para evitar el robo de efectivo. Pero, tampoco nadie puede negar, que la velocidad con la que realizamos las operaciones de pago o inversiones nos aceleran la ansiedad. Estas herramientas nos dan la posibilidad de realizar más trámites en menor tiempo, pero forman parte de los hábitos que nos hacen vivir la vida a una velocidad perjudicial para nuestra salud mental y espiritual. Cualquier adulto mayor puede dar testimonio de esta aceleración de la vida actual, como no existía hasta hace algunas décadas atrás. De nuestros bolsillos desaparecieron los billetes, pero el costo de este “avance” lo pagamos con ansiolíticos o antidepresivos.

PALABRAS CLAVE: dinero; era digital; hábitos; felicidad

ABSTRACT

There are many things that have changed in our lives in the last 30 years, we communicate at a distance by video calls; we use internet search engines to find answers to any question in seconds; we have applications on our cell phones to carry out medical or social assistance procedures; we can listen to all the music we like; etc, changes that, without a doubt, have improved our lives significantly.

Among these "new habits" of life, the habitual use of digital wallets to pay for any purchase of goods or services and access to the bank account and our financial situation instantly, as many times as we feel like it, stands out. Until a few years ago, only a few years, as the older ones know, we had to go to the bank to look for money in banknotes and carry out banking operations. Now, all that information and the possibility of having that money is in our pocket all the time and available just with a couple of clicks.

No one can deny that this digital use of money makes payments and transfers much easier and that it is also a safer way to prevent cash theft. But, no one can deny that the speed with which we carry out payment or investment operations accelerates our anxiety. These tools give us the possibility of carrying out more procedures in less time, but they are part of the habits that make us live life at a speed that is harmful to our mental and spiritual health. Any older adult can testify to this acceleration of today's life, as it did not exist until a few decades ago. The bills disappeared from our pockets, but we pay the cost of this "advance" with anxiolytics or antidepressants.

KEYWORDS: money; digital era; habits; happiness

La era digital

En la era digital, el dinero ya no pesa, en el bolsillo, al menos, ya no está; pero ¿en nuestra salud mental y espiritual tampoco pesa?

La velocidad con la que realizamos operaciones económicas y financieras es uno de los aspectos de la aceleración que define nuestro estilo de vida actual y, este cambio de velocidades nos ha llevado a un estilo de vida más estresante, con una ansiedad que no nos deja vivir bien. Pero, no sólo ha acelerado nuestra vida, sino que ha puesto en nuestro teléfono una infinidad de juegos y apuestas que promueven directamente la adicción y sus tristes consecuencias, sobre todo, en los más débiles. Por último, las aplicaciones del homebanking nos ha generado un encuentro mucho más frecuente con los números de nuestra cuenta bancaria, algo que puede ayudar mucho, pero también puede, a la vez, ser una forma de pensar más seguido en el dinero.

Estos desarrollos tecnológicos no son buenos o malos en sí, el beneficio o perjuicio que pueden aportar a nuestras vidas depende del uso, por eso, hoy, más que nunca, hace falta no sólo conocer cómo manejar mejor nuestro dinero para hacerlo rendir, sino tener un criterio de uso guiado por un juicio crítico y unos hábitos saludables de relación con esos números a los que les concedemos un gran poder sobre nosotros.

¿Jugar para perder?

Nadie juega para perder, salvo que obtenga un beneficio con ello, como sucede con el arreglo de partidos en algunas competencias deportivas, aunque también en este caso lo que se pretende es “ganar” dinero, perdiendo. Sin embargo, algunos se mienten a sí mismos con la posibilidad de ganar algo, cuando deberían saber, por estadísticas, que tienen muy pocas posibilidades de lograrlo, pero insisten una y otra vez, hasta hacer de la apuesta una compulsión que los domina.

Todos hablan de las maravillas de los desarrollos de la IA, pero pocos se atreven a mencionar siquiera a uno de las consecuencias más nefastas: el crecimiento exponencial y casi sin control de las apuestas en línea.

Para tener una visión más realista de lo que está pasando podemos tener presente algunos datos de un artículo publicado recientemente en Clarín sobre la ludopatía en los adolescentes a partir del crecimiento notable de casos que reciben en los hospitales. El primer dato para destacar de una encuesta realizada por Unicef es que casi el 80% de los adolescentes encuestados apuestan en plataformas ilegales en las que no existe un control real de la edad, puesto que sólo les basta con la respuesta personal. Las plataformas que están reguladas por los entes provinciales o nacionales no sólo tributan impuestos, sino que tienen mecanismos de control seguros de la edad del apostador.

Está de más decir que esas plataformas digitales tienen el éxito que tienen porque son menores los que los frecuentan, ahora bien, ¿cómo llegan esos menores de edad a estos sitios? La respuesta la tenemos delante nuestro, en la tv, en las camisetas de fútbol, en los avisos comerciales, nunca antes hubo tanto bombardeo publicitario,

tantas formas de inducir a apostar “para demostrar” tus capacidades, o bien, “para ganar más dinero sin trabajar”.

Para demostrar que la digitalización del dinero tiene mucho que ver con esto, citamos una de las conclusiones de la investigación:

“La edad del inicio en el juego en línea está asociado con la apertura de las billeteras virtuales. Es decir, cerca de los 13 años”.

Si queremos tener una dimensión más clara del fenómeno podemos tener en cuenta una de las conclusiones de la investigación de UNICEF sobre el uso de la tecnología en niños y adolescentes en Argentina de marzo del 2025: 8 de cada 10 alumnos usan sitios de apuestas on line o conocen a otro que los usa y el 37% los usa todos los días o muy seguido.

Esta familiaridad con las apuestas de los niños y adolescentes es lo que también hemos podido constatar con una encuesta gamificada que realizamos desde la Fundación Ariadna: muchos adolescentes se inician con apuestas sin dinero sólo por diversión, pero luego varios de ellos se pasan a las apuestas con el dinero que tienen en sus billeteras virtuales.

Sin embargo, hay otro dato relevante en nuestra encuesta: muchos señalan que la experiencia de las apuestas les causa malestar, a pesar de que no las pueden dejar. ¿Qué significa esto?: Adicción. Tal vez en forma inicial, sin un arraigo grave, pero, ya subidos a una autopista que los lleva a un estilo de vida bastante predecible, si es que no hacemos algo para evitarlo.

El mecanismo de ingreso a este nocivo hábito es la oferta de un “bono gratuito” y la ilusión de conseguir un dinero fácil que le permitiría adquirir aquello que le venden las redes sociales como símbolos de prosperidad y felicidad. Luego, consiguen mantenerlos atados al juego mediante gratificaciones pequeñas que prometen lo que no van a dar. Lo paradójico es que precisamente lo que pierden es el bienestar porque pasan horas conectados, aislados del resto, sin tiempo para compartir lo que realmente es necesario para ser felices (tiempo con amigos o familia, descanso, salud mental), sin contar la ansiedad que les genera y la angustia que les produce las deudas con las que terminan.

¿Por qué apuntan a ellos? Simplemente porque son uno de los grupos sociales más vulnerables, ya que no tienen aún formado el juicio crítico, ni tienen la madurez de carácter para tomar todas las decisiones necesarias y para colmo porque, aislados del mundo adulto, que perciben que no los comprenden, están expuestos a los que les ofrecen en la web. El adolescente recurre a las apuestas para buscar una gratificación que les permita evadir la soledad y frustración existencial. En muchos casos hay un escape falso de un sufrimiento. Y lo que les ofrecen es dinero fácil con el cuál comprar un estilo de vida que el trabajo no les puede asegurar a futuro.

Las apuestas en línea generan obsesión con el dinero, con la cifra digital.

¿Qué tenemos que hacer los docentes? Proponer en las aulas un debate sobre este tema, escucharlos y sobre todo, ofrecerles una visión crítica, mostrarles casos reales de las consecuencias de esto que no es inocente ni inocuo, hablarles del negocio que

están haciendo con ellos, de cómo los manipulan y, sobre todo, enseñar el camino a la felicidad genuina, muy distinto de esos momentos breves de placer engañoso.

Se trata de explicarles cómo funciona el mecanismo de las apuestas para que tengan alguna manera de evitar caer en las redes de los que negocian con la fragilidad humana.

Todos los seres humanos estamos expuestos a la tentación de apostar, sin embargo, hay algunos que están más expuestos que otros por la predisposición a ser engañados o porque nadie les enseñó cómo engañan a los que apuestan. Y, en particular, los niños y jóvenes que no tienen la madurez de carácter para frenar sus impulsos.

El juego de apuesta tiene dos elementos que lo hacen atractivo: en primer lugar, el premio, que habitualmente es en dinero y que tiene para muchos un poder de seducción muy fuerte; en segundo lugar, es totalmente incierto, la incertidumbre le agrega un efecto sorpresa que potencia la satisfacción que conlleva ganar. Hay una descarga de dopamina en el cerebro, como está estudiado por la medicina, que produce un placer intenso y que busca repetirse generando adicción, de hecho, se llama “adicción al juego” porque es el mismo mecanismo que se activa con el consumo de cocaína (Cf. *Prevención del Trastorno por juego de azar*, 2021: 19).

Y allí es donde entra, precisamente, el mecanismo diseñado para engañar al ingenuo, porque lo primero que hacen sus vendedores es trabajar sobre la autoestima, haciéndole creer a su víctima que tiene capacidad para descubrir el método de la victoria, crean “la ilusión de ser los más inteligentes” (Cf. *Prevención del Trastorno por juegos de azar*, 2021, 26), por eso, una plataforma muy conocida de apuestas vende con el sugestivo eslogan: “entrá y demostrá”. ¿Qué hay que demostrar? ¿Que eres un genio, no?

La otra ilusión que venden para conquistar ingenuos es que vas a obtener un importante premio en dinero y que eso te va a permitir comprarte muchas cosas que te van a hacer feliz. Por eso, muestran ejemplos de jugadores exitosos que en poco tiempo se hicieron ricos, famosos y son admirados por todos. Les venden el eslogan: “si ganas, va a cambiar tu vida”.

¿Sabes los jóvenes que las apuestas están diseñadas para perder en un porcentaje superior al 60%? ¿Se dan a conocer los innumerables casos de ruina económica a causa de la adicción al juego? ¿No hemos leído en los diarios casos trágicos de adolescentes con deudas importantes por apuesta en línea?

El crecimiento exponencial del negocio de las apuestas en línea se debe principalmente al clima cultural que vivimos en esta sociedad poscapitalista: la obsesión por el dinero y el éxito material con el menor esfuerzo posible. Obsesión que se transforma en vicio moral, en avaricia, como veremos más adelante.

Además, el juego también resulta ser una forma “placentera” de entretenerse y dejar de lado las preocupaciones personales, una forma de evasión que resulta especialmente atractiva para personas en situaciones conflictivas (como los adolescentes) o en momentos de fragilidad emocional. También significa para muchos de ellos en esas circunstancias “encontrar amigos” con los cuales compartir un

momento y sentirse de alguna manera “acompañados” (Cf. *Prevención del Trastorno*, 202: 49).

Los efectos negativos del juego en línea son muchos: afecta la salud mental, produciendo ansiedad, depresión y, a veces, termina en suicidio; la pérdida de dinero y el stress que eso ocasiona es bastante frecuente; también afecta al rendimiento académico en estudiantes o al rendimiento laboral en personas mayores, que descuidan sus actividades por la cantidad de horas que pasan en estas plataformas de apuestas; sin mencionar, en los casos graves, cómo afecta al entorno familiar esta adicción.

Como ya dijimos, están más expuestos los sectores vulnerables de la población, y, en particular, los adolescentes porque buscan siempre desafiar los límites y buscan nuevas sensaciones, por la falta de actitud crítica respecto de los que les venden ilusiones para sacarle su dinero y, sobre todo, porque no tienen aún desarrollado totalmente el sistema neurocognitivo que le permite tener un mayor control de sus impulsos (Cf. *Trastornos*, 2021: 120).

Detrás de esta epidemia de ludopatía en niños y adultos hay un negocio multimillonario promocionado por el deporte que casi no tiene regulación que lo limite y controle y ante el cual sólo podemos defendernos creando conciencia en los que más necesitan saber a dónde ingresan cuando entran en estas plataformas.

Pero, hoy más que nunca necesitamos hablar del dinero y del riesgo de obsesionarnos con su mentiroso poder potenciado al infinito por la tecnología.

La mejor inversión

La educación financiera es una de las mejores incorporaciones de la educación actual, porque todos tienen que saber cómo administrar el dinero, de manera que no sólo no les falte para cubrir sus necesidades actualmente, sino también en el futuro. Sobre todo, si vivimos en un contexto de cambios e inestabilidad como sucede hoy en día.

El dinero es algo muy bueno si uno sabe usarlo bien y usarlo con fines nobles (Fernández Aurelio, 1999: 637).

El ahorro y la inversión son dos maneras inteligentes de usar el dinero para vivir bien. El ahorro, porque no sólo nos permite tener una reserva para enfrentar una necesidad imprevista, sino porque resulta ser el mejor freno al deseo de consumir sin una verdadera necesidad (Cf. Housel M. 2025: 137-145). El consumismo tiene varias consecuencias negativas para nosotros: es una fuente de desechos que contaminan el planeta; es una pérdida de tiempo y de dinero; pero, también, es una de las causas de la ansiedad permanente con la cual vivimos, porque nunca nos alcanza con lo que ya adquirimos y, porque estamos siempre buscando como generar más dinero para seguir consumiendo.

Por lo tanto, el punto de partida de una buena educación financiera es desarrollar una visión crítica respecto del estilo de vida de este gran sistema social neocapitalista

que nos impone la consigna de vivir para consumir y de producir para seguir consumiendo. La pregunta primera es, entonces:

¿Necesito esto para ser feliz?

Se trata de enseñar a distinguir entre la sensación momentánea de placer que produce la compra de algo y la felicidad como expresión de un bienestar que es no sólo sensible, sino espiritual.

Hay muchos ejemplos en los periódicos y entre las personas conocidas del aburrimiento existencial que padecen los ricos, porque se puede comprar de todo, se compran lo más caro para distinguirse de los demás, hasta que se cansan de tener tanto sin conseguir hacer algo que le dé sentido a sus vidas.

Sin embargo, el problema del consumo no sólo es de los que tienen mucho, también de los que no tenemos tanto, pero nos dejamos llevar por el deseo de conseguir un objeto y cuando lo conseguimos al poco tiempo estamos buscando otra cosa más para adquirir.

Para tener una idea más realista de cuánto influye la mentalidad consumista en nuestra vida podemos recordar las veces que buscamos en nuestro teléfono cosas que queremos comprar, consultamos precios y variedad y pasamos largos ratos alimentando el deseo de conseguirlo sin antes habernos hecho la pregunta primera: ¿Necesito esto para ser feliz?

Otro ejercicio sería revisar en el ropero y en los armarios toda la ropa y los objetos que compramos y no usamos.

Tenemos que tener juicio crítico no sólo respecto de los que generan riqueza con el consumismo, sino de nosotros mismos, deberíamos tener la capacidad de examinar nuestros pensamientos y hábitos de vida para poder elegir libremente cómo vivir.

Por otra parte, para poder ahorrar hay que aprender a pagar el precio justo, esto es, el precio que realmente vale un objeto y no el plus superficial de una marca, cuando la misma cosa de la misma calidad puede estar a mitad de precio en otra marca. Algunos creen que por usar unas zapatillas o un teléfono de una determinada marca se ven más elegantes o interesantes, o bien, creen que están comprando la pertenencia a una determinada clase social como dicen explícita o implícitamente los vendedores. Esto explica que en algunas ocasiones paguemos demasiado caro por esta ilusión que nos venden en esta sociedad consumista, por eso, la otra pregunta que debería hacerse es: ¿cuánto vale realmente esto que quiero comprar?

Se trata de enseñar a usar el dinero, es decir, de enseñar a vivir de una manera distinta a la que nos propone internet o los medios de comunicación. ¿Difícil nadar contra la corriente? ¡Seguro! Pero, es posible.

Hay varios ejemplos de millonarios que viven austeramente y son admirados por su sabiduría de vida y los conocemos por los periódicos.

Hay países ricos en los que la mayoría tiene un estilo de vida sobrio, y son los países que alcanzan los mejores indicadores de bienestar, de educación, de salud, con bajos índices de pobreza, como los países nórdicos.

Tenemos que proponer modelos de vida que inspiren a pensar y vivir diferente.

La obsesión por el dinero comienza cuando el individuo se da cuenta del poder que tiene el dinero, el poder de comprar cualquier cosa o de hacer algo, y, cuando asume de manera acrítica el estilo de vida de lujos y placeres que le venden en las redes sociales. Por eso, lo primero que tenemos que hacer es mostrarles la falsedad de esa felicidad y ayudarles a descubrir la verdadera felicidad.

La tarea docente hoy más que nunca tiene que ser sapiencial, enseñar, como unos de los primeros filósofos (Platón y Aristóteles), que la vida buena es una realización integral de la persona, es decir, cuando se satisfacen las necesidades básicas; se tiene un trabajo satisfactorio y se cuenta con la compañía de amigos y familia, y todo eso se logra con esfuerzo cotidiano y con virtudes.

Naturalmente para vivir de esa manera hace falta sacrificio y capacidad de ahorro, porque el que despilfarras el dinero conseguido no tendrá la posibilidad de disponer de lo necesario en el futuro.

Para que el ahorro sirva para tener una buena vida hay que ahorrar con sabiduría, es decir, sabiendo que el objetivo es vivir bien uno mismo y tener la capacidad de ayudar a otros a vivir bien.

El problema con el dinero es que se trata de una cantidad concreta que es relativa, esto es, no tiene el mismo valor \$10000 en una persona de escasos recursos que la misma cifra en una persona que dispone de un margen importante de ahorro. En consecuencia, se trata de enseñar criterios de gastos de acuerdo a las posibilidades y necesidades de cada uno, no de indicar de manera concreta qué tiene que hacer uno con lo que tiene.

Este problema se presenta también a la hora de pensar en ayudar a alguien, porque lo que para algunos es mucho, para otros es poco. Por eso, si enseñamos que la virtud de la generosidad es una forma de realizarse como personas de bien, no hace falta indicarle a cada uno cuánto tiene que dar.

Otro de los problemas que se pueden presentar con el ahorro es que desarrollemos el placer de ver crecer la cifra en la cuenta bancaria, nos confundamos y pensemos que el objetivo tiene que ser una cifra y le concedamos a la cifra un poder que no tiene ni tendrá nunca: asegurarnos vivir bien en el futuro.

Nos puede parecer algo obvio, sin embargo, hay que decirlo una y otra vez para que escuchen y les quede grabado: los ricos también se enferman, los ricos también se mueren. El dinero, por mucho que sea, no es una seguridad. La gran mentira de la vida que propone este sistema neocapitalista es que el dinero nos puede asegurar que vamos a conseguir todo lo que deseamos.

Ahorrar bien significa tener en claro que el dinero no puede ser fuente de seguridad absoluta.

Esta es la sabiduría de vida que enseña Jesús, cuando siguiendo el estilo propio de los maestros de su época, con una parábola nos dice que el que confía en el dinero es un insensato, alguien poco inteligente:

“Había un hombre rico, cuyas tierras habían producido mucho y se preguntaba a sí mismo: “¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mi cosecha”. Después pensó: “Voy a hacer esto, demoleré mis graneros y voy a construir otros más grandes y amontonaré allí todo mi trigo y mis bienes y diré a mi alma: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida”. Pero Dios le dijo: “Insensato, esta misma noche vas a morir, y ¿para quién será lo que has amontonado? Esto es lo que sucede al que acumula riquezas para sí, y no es rico a los ojos de Dios” (Lc 12: 13-21).

“Ser rico a los ojos de Dios” significa en Jesús usar los bienes con generosidad y solidaridad, ayudando al que necesita, sin una visión egoísta ni un apego exagerado al dinero. Tener la capacidad de desprenderse de lo propio para asistir al que no tiene es la “mejor inversión” porque se expresa un acto de caridad que Dios promete reconocer en la vida eterna. De hecho, no nos podemos llevar nada, salvo esos actos de amor al prójimo que no quedarán sin recompensa. Por eso, Jesús alaba a Zaqueo cuando conmovido por recibirlo en su casa, promete ayudar con generosidad a los pobres vendiendo la mitad de sus bienes (Lc 19,8). Y también reconoce la generosidad de la viuda pobre que no está apegada al dinero (Mc. 12:41-44).

El dinero y los bienes materiales no son sólo para un uso individual, son también para compartir y ser solidarios, porque nadie puede ser feliz sólo aislado del resto. De la misma manera que recibimos gratuitamente la vida y la educación y recibimos de los que nos rodean afecto y compañía, también nosotros deberíamos tener una actitud generosa hacia los que necesitan una ayuda. Se trata de ser libre, de no estar atado a las cosas, ni encerrado y solo por el individualismo.

¿Esto significa que no debo ahorrar? De ninguna manera, el ahorro es bueno, necesario y muy recomendable, sólo que no debo pensar solo en mí.

El problema con el dinero es el valor que le otorgo, porque si, como dijimos, considero que puedo sentirme seguro porque tengo mucho, como dice Jesús, me equivoco, soy poco inteligente, porque la realidad me muestra que nadie tiene todo asegurado, ni siquiera los ricos. Por otra parte, si lo pienso de manera egoísta, como una posesión exclusivamente mía, lo convierto en un problema, en algo que me separa del resto en lugar de ser una oportunidad para hacer el bien.

¿La acumulación es ahorro?

Es muy difícil tener una cifra para decir concretamente cuánto debe ahorrar alguien porque, como ya dijimos, siempre hay que considerar factores personales, circunstancias, contexto, etc. Lo mejor que podemos hacer es enseñarles a los niños y adolescentes que en la vida uno tiene que ponerse un límite razonable, algo que me indique que lo que tengo o lo que quiero tener es suficiente para llevar una vida digna y atender a mis necesidades y las de los que quiero.

El problema que se presenta con el dinero es que resulta ser un bien que nos da la posibilidad de comprar muchas cosas y realizar distintos objetivos, tiene un poder real en la sociedad, por eso, es tan deseado y resulta tan difícil tener el control de cuánto realmente necesitamos para llevar una vida buena.

De allí que el riesgo sea no poder poner un límite que nos permita sentirnos satisfechos y descansar. Cuando esto sucede y se repite hasta convertirse en un hábito permanente, el ahorro deja de ser algo bueno para convertirse en un vicio: la avaricia.

Los vicios son hábitos que nos llevan a una acción desordenada con facilidad y casi sin pensar. Los vicios son expresión de un desorden interno, hay un “amor desordenado” por una cosa que no puede darme todo lo que mi imaginación espera recibir de él.

De allí que, desde la perspectiva moral cristiana sea también un pecado, es decir, una acción contraria a la Ley de Dios y a la razón. Dios no quiere que pongamos nuestro corazón en las riquezas, porque el que confía en el dinero cree que no necesita de Dios y se distancia de Él; además, porque, normalmente el que es avaro se aleja de los demás, ya que todo su afecto está puesto en esa cosa: el dinero. Por eso, Jesús dice: “no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt. 6,24). Esto no significa que Jesús condene a los ricos, pues como Él mismo enseña depende de cómo use los bienes, además, “nada es imposible para Dios” (Mt.19: 23-26).

Uno de los primeros filósofos griegos, Demócrito, ya en el siglo V a.C, hablaba de este vicio recurriendo a dos fábulas muy ilustrativas:

El deseo descontrolado de tener más hace perder lo que ya hemos conseguido, como en la fábula del perro de Esopo (Juan Estobeo, *Florilegio*, III, 40, 68, DK 224): un perro acaba de robar un pedazo de carne y atraviesa el río con el botín en su boca; pero, al ver su imagen reflejada en el agua, piensa que lo que ve es otro perro con un pedazo de carne grande, por eso, suelta el que llevaba para conseguir algo más grande, y así, termina quedándose sin nada.

Esto sucede con la avaricia, es un deseo insaciable de tener más que deja a la persona permanentemente insatisfecha, sin la posibilidad de disfrutar lo que consiguió y corriendo detrás de un deseo sin fin. ¿Acaso no vemos como algunos no se conforman con lo que tienen, a pesar de tener lo suficiente como para vivir bien?

Además, dice Demócrito, el avaro tiene el destino de la abeja, ya que, así como la abeja, que vive 4 o 5 semanas en verano, cuando trabaja más acorta su tiempo de vida, lo mismo el avaro, también acorta su tiempo de vida, no porque muera antes, sino porque dedica casi todo su tiempo de vida a acumular, sin posibilidad de disfrutar de las cosas buenas de esta vida (Cf. Oriol Ponsatí-Murlá, 2019: 44-57).

No vivimos para trabajar, trabajamos para satisfacer nuestras necesidades y las de nuestra familia y para aportar algo al bien común, pero el trabajo debería dejar también para el ocio y un tiempo para hacer algo que enriquezca nuestra alma.

Para que el ahorro no se convierta en una obsesión que no nos deje vivir bien tenemos que poner límites a lo consideramos necesario para una vida digna y al tiempo que le dedicamos a esto. Esto es lo que también enseña uno de los autores más

leídos sobre esta materia, Morgan Housel, hay que aprender, dice, a evitar los gastos superfluos y pensar en el futuro pero, sobre todo, a la hora de invertir: “gestiona tu dinero de manera que te ayude a dormir bien por la noche” y, “no busques respeto y admiración, solo piensa en vivir bien sin ostentar” (Cf. Housel M., 2025: 260-263).

No vamos a ser más felices por tener una casa o un auto más grande, ni por irnos de vacaciones a lugares paradisíacos. No tenemos que imitar el estilo de vida de los que tienen mucho más, sólo tenemos que darle a los bienes materiales y, es especial, al dinero el lugar que corresponde en nuestra vida, porque como enseña Jesús no hay que amontonar tesoros en esta vida, sino pensar en conseguir el verdadero tesoro que no se corrompe y que consiste en la paz de Dios en el cielo, porque: “allí donde está tu tesoro, está tu corazón” (Mt. 6:19-21).

Al dinero se le da más importancia de la que en realidad debería tener en nuestra vida, cuando se busca el reconocimiento y admiración de los demás y se piensa que eso se puede lograr con la exhibición de éxito económico (Cf. Savater F., 2005: 69)

La tarea no es sencilla porque la avaricia no siempre se presenta con tanta claridad en la vida, muchas veces sólo pensamos ser “ahorristas” y “precautos”, hábitos que, naturalmente, son buenos y recomendables, si es que no se repiten sin necesidad y nos llevan imperceptiblemente a convertir la acumulación en una obsesión que nos quita la libertad de disfrutar de algo o, mejor aún, de tener la libertad de ayudar al que necesita.

La virtud de la generosidad es una de las mejores formas de evitar que el ahorro se convierta en vicio y una de las mejores maneras de vivir la verdadera libertad, la libertad con la que hago un bien a otro. En este sentido Jesús enseña: “Felices los pobres de espíritu”, es decir, los que son generosos (Mt.5,3).

Por otra parte, el dinero nos da un poder que puede ser muy bien utilizado para concretar objetivos y planes. Nadie puede dejar de reconocer que aquellos que supieron ahorrar e invertir son los que hicieron posible la construcción de grandes obras, la constitución y sostenimiento de grandes empresas, o aportan mucho al bien común. De hecho, necesitamos una suma concreta para poder hacer realidad nuestros planes. El dinero no es malo, puede ser un instrumento para hacer mucho bien, el problema es, una vez más, que la intención de hacer concretar una obra no lo convierta en un fin en sí mismo.

La avaricia es un pecado, porque es un amor desordenado por el dinero, desordenado porque al convertirlo en un fin pierde su sentido de medio. Es, además, un pecado capital, es decir, un vicio que da origen a otros actos desordenados (*Catecismo de la Iglesia Católica, 1866*). Es un acto desordenado porque nos hace poner la confianza en él y no en Dios, cuando sabemos por la experiencia de vida que el dinero no nos asegura la salud ni el bienestar integral. Desvía nuestro corazón que debería confiar en la Providencia Divina siempre y nos engaña haciéndonos pensar que con conseguir más dinero tendremos todo asegurado, por eso, muchas veces la riqueza se convierte en un verdadero obstáculo para vivir la fe (Cf Tickle Ph., 2005: 46). Por eso, Jesús enseña: “cuidense de toda codicia, porque aún en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes” (Lc.12,15).

Este es un vicio que hace miserable la vida de una persona, porque con el permanente deseo de ahorrar, no quiere gastar su dinero, a veces, hasta en cosas esenciales para vivir dignamente, todo gasto se vuelve un sufrimiento que no los deja vivir en paz. Las personas avaras llevan una vida atormentada y solitaria porque desgastan las relaciones con los demás. Las personas, aún aquellas más cercanas, se convierten en un medio para conseguir lo que quieren: acumular. Por eso, tienden a buscar al que puede ayudarlo en su objetivo y lo estiman en la medida que efectivamente los ayudan, mientras que miran con desprecio a los que “no tienen la inteligencia de hacer dinero, ahorrarlo o invertirlo” (Cf. Kogan-Hoffer: 76-80).

Precisamente por eso el avaro es habitualmente rechazado por la gente que no se somete a su estilo de vida o sus criterios, o bien, por los que no quieren ser usados. También es rechazado por Dios que nos enseña en la parábola del rico y el pobre Lázaro ante cuyo hambre se muestra indiferente y distante, que Él tiene en cuenta en la vida eterna nuestro comportamiento aquí en la tierra con los que necesitan y, que, por eso, la situación de los que disfrutaban de abundancia, y no ayudan a los que necesitan, cambiará en la próxima vida (Lc.16,19-31).

Es seguramente uno de los vicios más detestados por todos, porque mientras los otros vicios pueden causar alguna simpatía, nadie quiere ser identificado como un miserable que arruina su vida y la de los que están con él. Tan avara es la avaricia que infla la bolsa, pero no enriquece al ser. (Cf. Wajcman G., 2010: 77).

Como toda adicción, la adicción al dinero, conlleva pérdida de libertad y la necesidad de satisfacer el deseo de poseer de manera ilimitada, lo que se convierte claramente en un sufrimiento para la persona, como dice el Apóstol San Pablo: “La raíz de todos los males es el amor del dinero” (1 Tim. 6,10). Son muchos los factores que pueden predisponer a una persona a esta adicción, experiencias anteriores de fracaso, de desamparo o frustraciones significativas, como también los hábitos de vida del entorno familiar, por eso también la forma de abordarlo tiene que ser múltiple, con terapia, con medicación para bajar la ansiedad, si fuera necesario, pero, sobre todo, con un replanteo existencial que analice deseos y expectativas y que encuentre la manera de formular un proyecto de vida que realmente lleve a la felicidad verdadera (Kogan-Hoffer, 2005: 61).

La avaricia no es ahorro, porque no se guarda para tener para gastar más tarde, sino que se retiene para sentir el poder y el placer que nos da el tener (Cf Zamagni S., 2013, 119). El poder porque, como dijimos, somos capaces de hacer mucho, pero, sobre todo, da poder sobre los demás, sobre los que por necesidad recurren a él para recibir algo. El avaro sabe que es detestable, pero que todos quisieran tener lo que él tiene y que, por esa razón, están dispuestos a someterse a su voluntad. El dinero del avaro no sirve para algo, sino para ser deseado por los demás, por eso, detiene su circulación, lo inmoviliza porque lo convierte en un fetiche que adora y desea sentir el placer de tenerlo, algunas veces, de tocarlo. El placer es el retener, como en el niño que no quiere desprenderse de lo que ya no le sirve (Freud).

Este placer sensual de sentir el dinero es el que está cambiando en la actualidad con la digitalización de la moneda, ya no hay experiencia sensible, no hay billetes en el

bolsillo, sino ceros en una cuenta en la billetera digital (Wajcman G., 2010: 87-91). La pasión deja lugar a un deseo frío que tal vez favorezca la obsesión en la medida en que su recuento y su uso son más accesibles y frecuentes.

¿Será por esto que vivimos en un tiempo en el que la obsesión por el dinero se ha extendido tanto? ¿No será que en este sistema la avaricia pasa más disimulada? Lamentablemente creo que sí, sin darnos cuenta nos deslizamos del ahorro al vicio con más facilidad y sin tiempo para pensar lo que tenemos que pensar: ¿para qué me sirve el dinero en la vida?

El dinero, o mejor dicho, el amor desordenado por el dinero es contrario a la felicidad porque solo podemos ser felices en la relación de amistad y amor con los demás, no en la fría soledad del avaro que sólo ve en los demás instrumentos para su fin. A la pobreza le faltan muchas cosas, a la avaricia, todas. (Zamagni S. 2013: 126-128).

Conclusión

Nos preguntábamos al inicio si la digitalización de la moneda y la pasión por el juego y la apuestas en línea han cambiado en algo la relación que tenemos con el dinero, más en concreto si de alguna manera se ha creado un clima cultural más favorable para la aparición y consolidación del antiguo vicio de la avaricia. Y, la respuesta, es, lamentablemente positiva.

Ha cambiado la forma de relacionarnos con el dinero, porque tenemos un contacto más frecuente con él. Hasta hace unos años había que ir al banco para saber el estado de la cuenta y retirar billetes para nuestros gastos. Ahora, en cambio, hacemos pagos, transferencias, hasta inversiones, desde nuestro teléfono y tenemos acceso al instante las veces que lo deseemos poder hacerlo. Esto ha facilitado muchísimo nuestra vida cotidiana, sin lugar a dudas. Sin embargo, al mismo tiempo nos da un contacto mucho más frecuente con la cifra, una familiaridad que antes no existía y que de manera imperceptible puede dar origen a un placer de posesión o una preocupación exagerada por aumentarlo.

De hecho, la facilidad con la que podemos adquirir un producto o un servicio de cualquier parte del mundo, ha acrecentado notablemente el consumo en todos nosotros, convirtiéndolo a veces, desafortunadamente, en una adicción, y todo esto, porque ya no tenemos que movernos, todo está al alcance de un click, sin esfuerzos.

La misma facilidad para acceder y disponer del dinero al instante sucede con las apuestas en línea, y esto explica, al menos en parte, la enorme difusión de este hábito, es que ahora llevamos también al casino en el bolsillo del pantalón.

La frecuencia del contacto con el dinero digital y la facilidad para usarlo están promoviendo una nueva forma de la avaricia en la medida en que han acrecentado exponencialmente el hábito de tener presentes esas cifras que así corren el riesgo de generar más directamente la obsesión por el dinero.

Naturalmente, esto no impacta en todas las personas de la misma manera, hay muchos que, a pesar de estas “nuevas facilidades” deciden no dejarse vencer por la adicción y no caen en la trampa de fijar allí su atención, ni poner allí su corazón.

Como no todos tienen desarrollado un pensamiento crítico ni una fortaleza de voluntad para evitar o frenar el impulso, de comprar, de mirar la cuenta, y de apostar, es que necesitamos hablar nuevamente del daño que causa la avaricia, para que los más débiles, en particular, para que los que están más expuestos a estos daños, puedan encontrar la salida del laberinto: un estilo de vida diferente.

En este sentido, creo que habría que prestar atención a otro de los efectos nocivos que podría causar la digitalización del dinero, esto es, la pérdida de su dimensión social en el más profundo de los sentidos. El dinero tiene una dimensión esencialmente social porque se adquiere y se usa en las relaciones sociales y, así como la economía en general es una ciencia social, porque busca satisfacer las necesidades de todas las personas, de la misma manera, este instrumento de intercambio debería ayudar al bienestar de todos. La desvinculación de este sentido social se produce como consecuencia de haber puesto toda la sociedad al servicio del lucro y no de las personas.

Ahora bien, si en el uso del dinero digital sucede lo mismo que está ocurriendo en las relaciones personales en las redes sociales, esto es en un creando una mentalidad egocéntrica que piensa en los demás de manera superficial y autorreferencial, es posible que el uso del dinero también se perciba cada vez más como un bien para sí mismo, sin relación con los otros.

De hecho, otra de las consecuencias negativas de esta “nueva manera de vivir y relacionarnos” en las redes sociales ha fomentado, aún imperceptiblemente, una cierta distancia del resto. Estamos mucho más conectados que antes, pero somos cada vez más insensibles con el dolor ajeno.

Se trata, entonces, de generar conciencia, de mostrar los efectos reales de estos nuevos hábitos de vida que hemos incorporado casi sin darnos cuenta. Hay que hablar de los propósitos reales de los “genios creativos” que nos ofrecen productos gratuitos para hacernos la vida más fácil y divertida. Ellos se convirtieron en las personas más ricas del planeta en pocos años desarrollando herramientas tecnológicas que han producido cambios profundos en nuestra manera de pensar y vivir.

No somos los mismos de antes, y no estamos mejor que antes. No sólo porque vivimos más estresados, sino porque vivimos encerrados en nuestros pensamientos egocéntricos.

El uso y sentido del dinero no se ha mantenido al margen de estos cambios introducidos por las herramientas tecnológicas. Se ha potenciado la idea del dinero como fin en sí mismo, como un bien para la realización individual sin importar las consecuencias que puede tener para la vida personal y social.

La adicción al juego y la obsesión con las cifras digitales en las cuentas bancarias son claros síntomas de una forma insana de vida que estamos dejando que avance lentamente.

Como todos los cambios importantes en la historia de la humanidad los primeros años de una nueva era son decisivos para orientar lo que sigue, de allí que tenemos la oportunidad y el deber de aportar una visión más humana del dinero, de su posesión y de su uso. Algo que podremos lograr en la medida en que nosotros mismos seamos ejemplos concretos de que se puede vivir bien sin caer en el consumismo y, sobre todo, de que hay que disponer del dinero con libertad interior y generosidad para ser feliz.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV (2021) *Prevención del Trastorno por los Juegos de Azar*, Instituto de adicciones de Madrid Salud, Madrid.

<https://madridsalud.es/publicacionness/prevencion-del-trastorno-por-juego-de-azar/>

Fernández Aurelio (1999) *Compendio De Teología Moral*, Madrid: Palabra.

Kogan A.- Hoffer F. (2005), *El Mal Dinero*, Buenos Aires: Biblos.

Housel Morgan (2025) *La Psicología Del Dinero*, Barcelona: Planeta.

Oriol Ponsatí-Murlá (2019) *La Avaricia*, Barcelona: Fragmenta Editorial.

Savater Fernando (2005) *Los Siete Pecados Capitales*, Buenos Aires: Sudamericana.

Tickle Phyllis (2005) *Avaricia*, Barcelona: Paidós.

Wajcman Gérard (2010) *Colección Seguido De La Avaricia*, Buenos Aires: Manantial.

Zamagni Stefano (2013) *La avaricia, pasión por tener*. Madrid: Machado.